

La pasión de las acciones *

Los libros de economía son las biografías de la “cosa para sí”; o mejor, las autobiografías de la “cosa autoconciente”. Y así será mientras el fetichismo de la mercancía sea administrado por los economistas. Porque el mundo de los economistas es el mundo de la enajenación. Pero este mundo está en crisis —el de los economistas y la enajenación—; tanto, que el personaje central: el capital “ya no puede medirse” (véase más adelante), se desquicia. La locura de la “cosa”, (también podría llamársele la “lógica de la cosa”), sin embargo, se presenta invertida en forma de cosas locas (cosas “lógicas” dirían los economistas y Hegel). Pero esto es nada más el preámbulo, y de lo que se trata es de deambular (Marx, *Tesis sobre Feurbach*).

Lo que Dobb hace en este su último (más reciente) libro, es retomar el “espíritu” de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* y continuar con él la travesía hasta el momento actual. Es pues, en cierto sentido, una continuación del tomo iv; pero en tanto que sus temas son el valor y la distribución, es además, una con-

tinuación de los tomos i y iii. Aunque Dobb no lo expresa, de su libro se pueden derivar varias cuestiones fundamentales: 1) que el *socialismo científico*, en tanto que unidad de contrarios, tiende a escindirse, por una parte, en “socialismo” y, por otra, en “científico”; esto resulta claro de la sarta de vulgaridades con pretensiones teóricas que los *manuales*, autoridades académicas y demás apuntan sobre la ley del valor, así como de las tortuosas paradojas con que a cada momento se enfrenta el pensamiento pragmático (burocrático) de los economistas; 2) que la contradicción entre relaciones sociales de producción y fuerzas productivas ha llegado ya a adquirir carta de residencia incluso en el pensamiento académico ortodoxo; —en el serio, por supuesto, pues en México los economistas no llegan a ser los “científicos del capital”, son tan sólo sus funcionarios empleados—; 3) que los problemas teóricos y prácticos de la economía (marxista o no) no tienen posibilidad de solución sino en el terreno del materialismo histórico y de la historia concreta; de otra suerte todo se

* Maurice Dobb, *THEORIES OF VALUE AND DISTRIBUTION SINCE ADAM SMITH, IDEOLOGIE AND ECONOMIC THEORY*; Cambridge University Press, 1973; 295 pp.

reduce a tautologías (tema del tomo II de *El capital*). En cuanto a este último punto, Dobb hace énfasis de entrada en la importancia crucial de “la definición de las fronteras del sistema teórico” (p. 10). Y aquí está lo grave, pues de nuevo reaparece la totalidad sin fronteras; aunque esto no lo dice Dobb, quien trata de circunscribirse a “lo suyo”. Que el problema de las fronteras en la definición del valor resulta tremendo, lo evidencia la nota de Engels a la edición del tercer tomo de *El capital*, citada por Dobb, donde se señala que, puesto que “el intercambio de mercancías es anterior a la historia escrita... la ley del valor ha reinado omnímodamente por un lapso de entre cinco y siete mil años”. (p. 13, *infra*). (Y no hay que olvidar que el viejo Engels leyó y estudió todo Marx); 4) un punto adicional que la lectura del *Theories* de Dobb deja como resabio, es el proceso de reversión que se da en doscientos años de ciencia económica desde la necesidad ciega que inicia su autoconciencia (Smith, Ricardo) hasta la estupidez programada en las escuelas en que se forma a burócratas demagogos; aunque ¡claro!, este cuarto punto es, en realidad, una síntesis de los tres primeros.

Pero a propósito de síntesis digamos que: mientras no haya sido aclarada la relación funcional que existe entre las actividades de la Secretaría de la Defensa Nacional y de las Procuradurías y la cotización de las acciones en la Bolsa de Valores; mientras las

telenovelas no se expliquen en su funcionalidad con las tasas de mortalidad infantil; mientras el libro de texto de matemáticas de primero de secundaria no sea interpretado en sus fundamentos a partir de los accidentes de tránsito matutinos; mientras la úlcera duodenal o la diabetes o la sarna no tengan establecida en la conciencia de las masas su vinculación causal con el precio internacional del azúcar, el cobre y el estaño; mientras la esquizofrenia no sea diagnosticada a partir de la política de la Secretaría de Hacienda; mientras la inflación no sea interpretada en relación con la insatisfacción sexual y ambas a partir del tiempo de trabajo socialmente necesario; etcétera; y, al contrario y conjuntamente, mientras esto no se haga, la concepción proletaria del mundo continuará como proyecto y trayecto. Porque el fetichismo de la mercancía —es decir, la situación que existe “cuando las relaciones entre los hombres asumen a sus ojos la forma fantástica de relaciones entre cosas” —prevalecerá (Marx, citado por Dobb en la p. 32). Y es que la conciencia de clase proletaria es la conciencia de quienes, no obstante ser hombres, han sido reducidos al papel de cosas, de “insumos”, de “factores productivos”, en un “rango semejante al del combustible para las máquinas o el alimento para el ganado” (Sraffa, citado por Dobb, p. 262).

Ahora bien, todos los capítulos de la obra comentada exponen la evolución de la conciencia del capital. Y ésta es la conciencia de

sus necesidades. Cuando Smith apunta que “el precio del maíz regula el precio del resto de las mercancías producidas” (*La riqueza de las naciones*, p. 470, citado por Dobb, p. 47), en 1776, plantea casi lo mismo que Sraffa en 1960 (en su *Producción de mercancías por medio de mercancías*), con su mercancía patrón (*Standard Commodity*); y ambos se refieren a una cuestión que Ricardo toma con toda seriedad, en la sección VI de su obra, “Sobre una medida invariable del valor”, Ricardo reconoce que el oro no sirve para medir el valor, recurre al tiempo de trabajo pero dado que el valor se mide por proporciones, y que estas proporciones derivan de la distribución por clase de los valores producidos y que esto introduce conflictos entre ellas, sugiere que la problemática puede resolverse “consiguiendo comida barata del exterior” (*Obras*, tomo II, p. 222), de los “países en los cuales «la vida de los hombres es barata» y sus necesidades se satisfacen sin grandes problemas” (*Ibid.*, tomo I, pp. 96-97). Es decir, la obra de Ricardo es la exposición de la necesidad de “los pueblos con hombres de vida barata”. Necesidad del capital inglés. A esta cuestión Dobb, sin embargo, le saca la vuelta con la explicación de que su trabajo “se centra en las teorías del valor y la distribución sobre todo en las relaciones internas de un sistema económico cerrado”. (p. 136). Y que, por tanto, no es necesario penetrar en las cuestiones de la teoría del comercio internacional. Aquí

Dobb cae en la trampa de todos los economistas “liberales” o “marxistas” del mundo imperialista: concebir como “sistema económico cerrado” a la nación (!). Expresión específica de la enajenación y el fetichismo. Pues con ello, el límite de la conciencia del economista Dobb, es el de las necesidades imperialistas del monopolio sindical inglés: *el laborismo de izquierda*. Pero nunca el marxismo.

Explícitamente, Dobb dice que: “la discusión sobre la exportación de capital y el imperialismo... cae fuera de nuestros (autoimpuestos) términos de referencia” (p. 161). Pero, como recordamos, el propio Dobb nos había advertido sobre lo “crucial de la definición de las fronteras del sistema teórico” (p. 10). Ahora resulta que sus fronteras teóricas coinciden con las de la Gran Bretaña.

Pero el libro es magnífico, pese a las limitaciones epistemológicas del profesor Dobb. La exposición de Ricardo y de la polémica con Malthus es soberbia (y su vitalidad queda manifiesta en el pensamiento de Kalecki). Incluso, su continuidad en la forma de marginalismo (Capítulo 4, “La Reacción contra Ricardo” y 7 “La Revolución Jevoniana”) *versus* marxismo del tomo I, socialdemócrata, está magistralmente expuesta. Aquí cabe una aclaración.

El capital es también una unidad de contrarios. Lo que de acuerdo con Böhm-Bawerk —el “Marx burgués” según Schumpeter— es una contradicción lógica: el planteamiento de la

creación de valores *versus* los precios de producción y la formación de la tasa media de ganancia (“*el comunismo inconciente de los burgueses*”: que cada quien extraiga la plusvalía que pueda y a cada quien se le dará la ganancia que su capital *necesite*), no es en realidad sino una contradicción real, derivada de la producción social y la apropiación privada. El marxismo del tomo I, socialdemócrata, soviético, “burgués”, es pues susceptible de la crítica desde el ángulo de “la demanda”, de “las preferencias de los consumidores”, de los “óptimos de Pareto”, de los “equilibrios de Walras”, de la utilidad de Gossen o de Jevons o de Menger. Pero estas zarandajas son conceptuadas a partir del fenómeno *clases* (último capítulo del tomo III). Pareto, teórico del capricho, es el ideólogo de la clase caprichuda, la clase que “*al margen del Hedonismo o el Utilitarismo... simplemente se le da la gana*”; es decir, la clase que convierte en “*socialmente necesario*” satisfacer sus deseos criminales. Satisfacer criminalmente.

Pigou continúa en la misma línea, honesta y coherentemente: hay desempleo porque los salarios son muy altos. Keynes, sin embargo, reconoce que aún así el equilibrio puede obtenerse a varios niveles y propone una salida que ya a Malthus se le había ocurrido frente a los argumentos de Ricardo: desarrollar el parasitismo; aunque ahora no en la forma de latifundistas y clérigos panzones sino de miles y miles de burócratas, policías, políticos y soldados.

Con Keynes (que teoriza al fascismo) las relaciones causales “mecánicas” adquieren una expresión más conciente y manipulable; es decir, se convierten en objeto de trabajo tecnoburocrático. Ya no es el ahorro de la burguesía el que determina la inversión y el gasto del estado; es ahora el estado, el capital conciente (de su problemática, que no de su ser), el que con su política financiera (cuarta forma de plusvalía: inflacionaria), determina una buena parte del volumen y la tasa de plusvalía (ahorro burgués, en términos genéricos) de reparto privado y público. La política de gasto deficitario es, pues, la respuesta organizada, de clase, a la organización sindical que había liquidado al “*wage flexibility*” (p. 220).

Esta inversión, a la que seguramente le hubiera dedicado una buena sección Hegel en su *Fenomenología*, hace posible como reconoce Kalecki (en México sus discípulos son pocos pero están donde deben estar), que “*los capitalistas, en tanto que clase, determinen sus propias ganancias... son [pues], en cierto sentido «amos de su propio destino»; pero el cómo lo rigen está determinado por factores objetivos; de manera que las fluctuaciones resultan de todas formas inevitables*” (*Studies in the theory of business cycles 1933-1939*, p. 14, citado en la p. 223). Kalecki, más serio que Keynes, se mete también con la bronca del poder monopolístico, pero, al igual que (Sweezy, en su *Theory of capitalist development* dice, por ejemplo:

“*No reasonably general laws of monopoly price have been discovered because none exist...*” pp. 270-71; ¡claro profesor Sweezy, pero ¡¿razonables para quién?!). Pero por supuesto que es posible descubrir las leyes generales del precio monopolístico, pero ello requiere de una adecuada comprensión del significado del *tiempo de trabajo socialmente necesario*; y ello, referido a todo tipo de monopolio: de los medios de producción, sindical, estatal, etcétera...

La siguiente fase en la vida del capital, la senectud parasitaria, les toca exponerla a Harrod y Domar, quienes descubren la inestabilidad de “*la senda del crecimiento*”. Y de ahí derivan la necesidad de la producción de medios de destrucción y de la destrucción de medios de producción. Y es lógico, puesto que hay un “*serious dilemma: if sufficient investment is not forthcoming today, unemployment will be here today. But if enough is invested today, still more will be needed tomorrow*”. Ergo: inflación y salarios mínimos.

Pero cuando la cosa se vuelve grotesca es en la década de los

sesentas, cuando “*ya no se puede medir el capital*”. Si se evalúa en términos formales (de sí mismo, en tanto que mercancía) las ambigüedades resultan pavorosas. El capital no puede, reconoce Joan Robinson; decir “*yo soy yo*” (como Fichte). Y la respuesta de Meade es la expresión de la absoluta enajenación: “*all machines are alike (they are simply a ton of steel)*” (*A neoclassical theory of economic growth*, citado en p. 251). Si el capital fuese una tonelada de acero, la plusvalía sería un mal chiste, pero si una clase se apasiona por las acciones (expresión bursátil del valor del capital) esta alegría nace de la ignorancia y/o la necedad frente al hecho de que “*the value of any capital good, like the value of any other product, changes with distribution*” (P. Garegnani, “Switching of Techniques”, *Quarterly Journal of Economics*, noviembre de 1966, p. 554; citado en p. 255). Se acabó el espacio. El libro es soberbio. Lo publicará pronto Editorial Siglo Veintiuno de España. ROBERTO CASTAÑEDA R. C.